
¿QUÉ CLASE DE ANIMAL ERES TÚ?

— Como decía Milord, los animales, ¡Ah los animales! Quisiera yo ser como mi gato o como mi perrita, ¡Cuánto duermen! ¡Cuánto descansan! Mientras abro la puerta para ir a mis labores, ellos desde su aposento abollonado me miran, con un ojo abierto y el otro oculto, con el peso de su cabeza sobre el cojín de plumas, sólo se levantan a comer, a hacer pipí y luego otra siesta.

En una de mis frecuentes caminatas, mientras disfrutaba de un día escaso de sol pero sin lluvia, por falta de cuidado, tropecé, con un cartón y por poco me voy al piso. Un hombre mal oliente extendió su mano, me agarró, evitando que pudiera caer; luego me dijo: — Disculpe Milord, yo tuve la culpa, ese cartón se deslizó de mi carretilla, espero que no le haya pasado nada. — No se preocupe. Le expresé. — Sólo mi mano quedó un poco afectada. Sin decirle exactamente que era por el olor a chatarra y a cartones viejos de su basura.



En tanto que pasaba aquel susto, observé dos perros recostados en el piso y mientras este hombre acomodaba los cartones y botellas, algo me llamó la atención: dos perros, así como mi perra y mi gato, recostaban sus cabezas en el

pavimento y me observaban con un sólo ojo y el otro puesto no en una almohada, sino en el piso sucio y polvoriento, me dije, a éstos no les pasa nada.

Me acerqué a aquel hombre mal encarado y le hablé diciéndole: — Quiero pedirle disculpas, estuve analizando lo de mi caída y en verdad yo fui quien tuvo la culpa.

El me respondió: — No se preocupe Milord, siquiera no le pasó nada, porque no habría con que pagarle si le hubiera pasado algo. Yo le manifesté: — Usted tiene dos perros muy bonitos y bien alentados. Me contestó: — Ahí los tiene a la orden, patrón. Sonriendo y dejando ver, sólo tres dientes y bien manchados por cierto.

Le dije: — No me diga, ¿Usted los vende?

Me dijo: — No patrón, ahí los tiene a la orden para que les traiga comidita cada vez que quiera. Y nuevamente, dejó ver sus tres dientes, sonriendo sarcásticamente.

— Perdone mi señor, Yo no vendo lo que más quiero, dijo el recolector de basuras.

Le manifesté: — ¿Lo que más quiere? ¿Lo que usted más quiere son éstos perros? Le volví a expresar: — ¿O hay una mujer, o tal vez algún hijo, o quizás un pariente como su madre?

— No Milord, después de que comencé éste trabajo, nadie de mi familia me quiso volver a saludar, entonces aprendí, que a uno lo quieren, sólo por ciertas causas: a unos por fama, a

otros por dinero y a otros por bonitos y yo no tengo ninguna cosa de éstas, para que me quieran.

Y con un canto burlón, en tono de son cubano, siguió diciendo:
— Yo no tengo padre, yo no tengo madre, yo no tengo a nadie que me quiera a mí. Y no faltaba su sonrisa.

— Los únicos que me quieren, son éstos dos sarnositos y si no me cree, intente golpearme para que vea lo que son capaces de hacer éstos animalitos por mí. Le dije: — No lo intentaré, le creo, sé que me matarían por usted.

— Y ¿Qué comen sus perros, para que estén tan robustos y tan finos? Me imagino que cuido para perros.

— Milord, el único cuido que le doy a los perros, es el cuido de que no me los mate un carro, o no me los cojan a pata como muchos quisieran. Y otra vez dejó ver su sonrisa.

— ¡Ah! pero Milord, mis perros son estrato seis.

— ¿Estrato seis? ¿Qué quiere decir con eso, no me diga que usted vive en una unidad cerrada y se quiere dar el lujo de recoger las basuras por deporte? Yo también le sonreí. Ya me estaba contagiando del humor y la sonrisa de éste buen hombre descomplicado.

Me dijo: — No, Milord, sino que todos los ricos de estas unidades, como no pueden tener animales en los

apartamentos, les da pesar de mis perros y les traen muy buena comida todos los días y por derecho yo me les pego, o sea, que el que sale comiendo chute aquí, soy yo; porque ellos comen de primero. Aprendí de ellos que mientras estamos recogiendo las basuras, debemos estar tranquilos, porque ya viene la comida; hasta compartimos con algunos gamines, cuando vamos a llevar la chatarrita. Dios da pa'todos Milord.

Milord le preguntó: ¿Y cómo se llaman sus perros? Me contestó: — Por ejemplo escoja uno de ellos. Le dije: — Aquel negrito.

Me contestó: — Cual.

Y como para que me entendiera bien, le cambié la pregunta.
—El cafecito. ¿Cómo llama? Y me contestó: — Paqué.

— ¡Ah! ¿No le puedo preguntar el nombre de sus perros? Este hombre no podía con su risa, diciéndome: “Cual y Paqué”. Apenas se calmó de su risa me respondió. — Disculpe otra vez Milord, es que así se llaman mis perros. El negro se llama Cual y el café se llama Paqué.

— ¿Y por qué les puso esos nombres tan raros?

— Milord, hay cosas que uno puede hacer, sin que se lo prohíban; la vida de nosotros tiene muchas prohibiciones: que no se demore, que cuidado con esto y con aquello. Entonces

dije: algún día haré algo que me dé la gana hacer y comencé con el nombre de los perros.

Dije: — Vaya, vaya; que personaje es usted.

Él, amarraba con unas cuerdas empatadas la carga de la carretilla, me dijo: — He aprendido mucho de mis perros y la diferencia con nosotros los humanos, es poca, o ¿Cuál sería la diferencia entre mis perros y sus hijos?

— ¿Qué está queriendo decir? ¿Qué mis hijos son unos perros?

— No señor Milord, tal vez quise decir, que mis perros son como sus hijos; o ¿Usted encuentra alguna diferencia?

— Tal vez que mis hijos van a la escuela.

— Eso no es una diferencia Milord, yo soy el profesor de ellos y sino mire, llamé a Cual y vino inmediatamente; le tiré una pelota, fue corriendo y la trajo en su boca, eso se lo enseñé yo. ¿Su hijo fue así de obediente con usted?

Me pasó por la mente todo lo que mis hijos me hicieron en cuanto a la obediencia y le respondí: — Creo que su perro es más rápido y obediente.

— Además les enseñó a cruzar la calle, a no comer lo que otro les de para que no los envenenen. ¿Será que así lo hacen sus hijos? ¿Se cuidan también cuando están tomando en las tabernas para que no les den escopolamina?

— No amigo, creo que lo hacen mejor sus perros.

Milord buscando una diferencia para no ver sus hijos como perros, le manifestó: — Mis hijos van y compran lo que quieren y sus perros no.

— Lo que me quiere decir. ¿Es que sus hijos son ricos y mis perros pobres?

Milord, un poco turbado por la comparación, le contestó: — Sí, sus perros no pueden comprar como lo hacen mis hijos. Y para ver la reacción de aquel hombre de las basuras, le permitió una explicación sobre el tema.

— Milord, Milord, hace poco me encontré un librito despedazado en una basura, según se veía era la Biblia y alcancé a leer un texto donde decía: “No seas como el mulo sin entendimiento”.

Este hombre rico muy turbado por aquella respuesta, le dijo: —¿O sea que usted cree, que yo soy una mula y que no tengo entendimiento?

— Ay mi señor, esto se está poniendo caliente. No lo tome usted así, es que tengo tantas palabras guardadas, que hasta se me salen sin querer, sin embargo, le diré lo que pienso, lo que creo y lo que veo: Uno es lo que hace con su comportamiento, uno describe, o deja ver el animal que lleva dentro de sí.

Digamos que pudiéramos escoger un hombre como perfil y ponerlo de ejemplo para este tema; ¿Quién más exacto pudiera ser que Jesús?

— Un momento, un momento por favor, no me vaya a decir que Jesús es un animal, porque hasta aquí llega nuestra conversación, dijo Milord.

— ¿Ha oído hablar de Jesús, Milord?

— Claro que sí, quien no, además creo en Él.

— Me acaba de decir que no lo compare con un animal, en el librito que me encontré, decía de Él: “Como cordero fue llevado al matadero y como oveja delante de sus trasquiladores enmudeció y no abrió su boca”. También se dice que es el león de la tribu de Judá y que como águila, mira desde los cielos.

Juan, un profeta que lo llamaban el Bautista, cuando lo presentó, no dijo he ahí el hijo de Dios, sino. “Éste es el cordero de Dios, que quita los pecados del mundo”. Y ¿Por qué Cordero? Siguió diciendo el de la carreta: — Porque murió

inmolado derramando su sangre por todos los hombres, éste sólo hombre tiene muchos títulos de animales, aunque se exceptúa de muchos otros, por ejemplo: Él no es un chivo, ¿Cuándo lo vimos corneando o dando patadas a los demás y con malos olores?

— Perdone Milord, ya nos metimos en la Biblia y ese no es el tema.

Me quedé perplejo al ver aquel hombre de la calle, con respuestas tan sabias y le referí: — ¿Cómo hace para tener una respuesta para todo lo que hablamos? —Tranquilo Milord, porque creo que apenas comienza nuestra conversación. ¿Le puedo contar una anécdota?

— Claro que sí, ya no me aburro escuchándolo, y ahora ¿Con qué me saldrá?

— En otro de los libritos que me encontré, decía: “Un alacrán quería pasar el ancho río, con semejante corriente y mirando a un costado, vio a una tortuga, que quería hacer lo mismo y le manifestó: — Amiga tortuga, usted me podría ayudar a pasar el río y dígame ¿Cuánto le pago por el favor?

La tortuga muy amable le respondió: — Déjese de precios, súbase en mi lomo y yo lo paso, tranquilo.

Así lo hizo y lo pasó al otro lado de la orilla; ya cuando estaba seguro, el alacrán metió su punzón con veneno en la cabeza

de la tortuga, aquella amable tortuga le dijo: — ¿Por qué me has hecho esto perverso animal?

Él le contestó: — “Esa es mi naturaleza y siguió su camino”.

Le dice el chatarrero: — ¿Esto no le trae algún recuerdo de algo en la vida? ¿Ha tenido alguna experiencia similar con un ser humano?

— Sí. Le dije a aquel hombre. Por mi rostro se rodó una lágrima, recordando a mi mejor amigo. En una ocasión me secuestraron y pasé varios días encerrado, mientras mi esposa podía retirar el dinero del rescate. Mi mejor amigo, era el que la aconsejaba y le decía que la plata no vale nada en comparación con la vida, para que pagara bien y rápido el rescate. La policía me rescató antes del pago acordado y al primero que implicaron fue a mi amigo. Él todo lo tuvo conmigo, pasamos excelentes momentos hasta que esto sucedió. Nunca me imaginé que mi mejor amigo pudiera hacerme esto; acabo de verlo como ese alacrán que usted describió en su cuento.

— Perdón Milord, no quise hacerlo llorar, pero lo siento por ese alacrán que tenía de amigo. Ya ve usted, que el mal llamado hombre, también actúa así. ¿A cuántos hombres uno les brinda un dedo y se llevan toda la mano? Como el amo le da de comer a su perro, si no lo enseña a él, por el afán de comer, le muerde la mano al amo, así es el hombre.

Le contaré otra Milord: Una mujer, cansada del mal trato de su esposo, aplicó algo que no era muy común en el barrio: en una

oportunidad de tranquilidad en su casa, viendo la televisión con su amado, le preguntó: — ¿Puedo saber una cosa de ti?

— Dime mujer. Le contestó su esposo.

— Si te encontraras a un león frente a frente y no tuvieras forma de escapar, además tuvieras un arma en tu mano ¿Qué decisión tomarías?

Aquel hombre le respondió: — Yo, le disparo ahí mismo y trato de salvar mi vida.

La mujer le preguntó una vez más:

— Y si te encontraras una serpiente y te vieras acorralado y sólo hubiera una chumiza de árbol, ¿Qué harías?

Su esposo le contestó: — Le doy en la cabeza hasta que me canse.

— La última pregunta mi señor y no te enojas: Y si un perro furioso, quisiera morderte o despedazarte, ¿Qué harías?

Él le contestó: — Le tiro con lo que encuentre.

— No es más mi querido, esposo dijo ella.

Aquel hombre le manifestó: — ¿Y a qué vienen esas preguntas, mi amor?

La mujer le dijo: — No, no es nada de importancia, sólo quería saber qué harías en un momento como éste. Así quedó la conversación.

Otro día, llegó el esposo de aquella sufrida mujer, borracho y...Comenzó a ponerle problema pidiéndole algo de comer. La mujer le dice: ¿Como me pides algo que no has traído? La cogió del pelo y la golpeó. Esa mujer, como pudo, se salió de sus manos y fue corriendo a su nochero, cogió un revólver que tenía listo para esa ocasión, se dirigió adonde su marido y le dijo: — Tú eres una bestia. Y muy furiosa, le disparó en el pie derecho.

Este hombre, desesperado en medio del dolor y pasándole la borrachera por lo ocurrido, le dijo a su esposa: — ¿Qué has hecho?

Ella le contestó: — Hice lo mismo que tú hubieras hecho, al estar frente a un animal que quisiera acabar con tu vida. Tú mismo me enseñaste, antes eres muy afortunado, porque no te maté.

Ella misma lo llevó al médico y avergonzado, este hombre, no puso ninguna denuncia a las autoridades.

Desde entonces, no le faltan en la puerta principal de su casa a ésta mujer, piedras, garrotes y una que otra arma... Y cada vez

que llega su marido, ella le pregunta: — ¿Qué clase de animal hay allá afuera?

Él contesta: — Una oveja mi amor, o un corderito tesoro. Desde ese día no le volvió a pegar y la casa se llenó de tiernos animales. — Pero los que eran animales salvajes, fueron dejados afuera, para no tener que matarlos, dijo ella.

— ¿Cuántos hombres y mujeres, hoy en día están viviendo con unas fieras y parece que se hubieran enseñado a vivir así? Sólo se pasan contando su tragedia, día a día, pero nunca se enfrentan con ese animal. Terminó diciendo el carretillero.

Milord decidió romper todos los protocolos con este desconocido carretillero, pues jamás pensó que las intimididades las fuera a saber un sencillo hombre que recogiera basuras para sobrevivir.

Le dijo Milord: — Usted ya se metió en mi vida y en mi mansión, ahora entiendo lo que me pasa, yo en mi casa he vivido como en África.

A veces tengo que llegar a mi alcoba, como el gato callado y suavecito para no tener que despertar a la fiera de mi mujer. Lo que usted dice es cierto, en una sola persona puede haber varios animales. Por ejemplo: A mi esposa, le gusta vivir silbando, como un pájaro y para mí, no es nada agradable. Ella cotorrea todo el día echando cantaleta y me recuerda la lora que tiene mi suegra en su finca, que no deja de cotorrear.

Es astuta como una serpiente y silenciosa; uno piensa que no lo está viendo, pero al momento llega y dice: — ¿Qué haces ahí?

Es fiera como una pantera y como ave que sale de su nido, se va sin saberse para dónde, hasta que regresa y cuando llega le pregunto: — ¿Estabas con las cacatúas de tus amigas?

Este hombre de las basuras le interrumpió, diciendo: — Habría que preguntarle a su esposa ¿Qué clase de animal, es usted? No se me ofenda Milord.

— No, tranquilo mi amigo, hoy no tengo secretos para usted.

Ella le dice a su manada de hienas, a esas cacatúas de sus amigas, lo que piensa de mi, en una ocasión que yo pasé por la ventana, una de ellas comenta a mi mujer: — Tu esposo se ve que es muy bravo.

Mi mujer le contesta: — Que va hija, ese es un gusano de col, con lo pasivo y calmado que es, no le hace daño a nadie. Además en nada difiere de una tortuga, ya sin afán vive la vida, no tiene porqué correr y vive en la casa a toda hora, se parece al oso polar, con el frío que mantiene y hace el amor cada 6 años. Ese es el concepto que expresa de mí, mientras se ríe con las cacatúas.

Y mi mujer, cuando está enojada me sirve la comida, como si yo fuera un perro y poquito como a un pajarito, dizque porque

me enfermo, dice que no va a lidiar con una chanda que no se mueva.

Lo que nunca le he dicho y que debería hacerlo, es que cuando estamos juntos haciendo lo que llamamos el amor, se parece a una vaca echada, que no hay quien la mueva. Quisiera ser como un gato, herirla cuando salgo de ella.

— ¡Ay Milord! Si que está complicado el asunto de su vida. ¡Claro que sus hijos, no son así! No tienen ese tipo de comportamientos — ¿No? Eso cree usted porque ya crecieron, pero tengo uno que es un zángano: No hace nada y toca mantenerlo. Mi mujer le dice: — Vos, si sos como el perezoso: te dormís a los tres pasos. — Yo porque no había caído en la cuenta de este tema; a mi hijo mayor, los amigos lo llaman el lince, dicen que es muy hábil y muy veloz para los negocios.

No sé cómo se transformaron, porque pequeños eran como micos: el que está lejos se quebró un brazo y el otro un pie de tanto saltar...

— ¡Ah! pero su esposa no era así antes de casarse con usted. Dijo el chatarrero.

— No, mi amigo. Mi esposa era como una mariposa, temía colocarle mi mano, para no dañarla.

Y saber que hoy en día y no todas las veces, la veo como a un zancudo que quisiera estriparla con mis manos.

Y además, cuando me saca de quicio, la veo como una cucaracha, a quien se le pone el pie sin compasión.

Recuerdo que una vez me dijo, que me veía como a una oveja; no le puse cuidado a esta frase, ahora reciente le pregunté: ¿Por qué me había referido aquella frase? y me contestó: —Tonto, para sacarte la lana y la leche. — Eso es lo que ha hecho durante el tiempo que llevamos juntos.

El carretillero le preguntó: — ¿Ella es sencilla?

— ¿Sencilla? tal vez con la mamá. ¿Usted ha visto el cuello de una jirafa? Así lo pone cuando se mira al espejo y cuando va a salir, el pavo real se queda atrás, con los colores que ella se pone.

Así era la mamá, que además era un buitre, no veía la oportunidad de destrozarme; se unían esas dos fieras y yo tenía que salir corriendo porque si no, no le estuviera contando este cuento.

Una vez, mi esposa se peleó con una vecina, ahí fue cuando me di cuenta qué fiera había dentro de ella; pero la vecina era un caballo de mujer; qué potranca. ¡Viera esas patas! Oh, perdón...Esas piernas que tenía; era como una potranca, de las mejores y yo si sé de caballos.

Y yo, como un león echado, veía cómo se peleaban ese par de fieras por mí.

— ¡Ah!, eso quiere decir, ¿Qué a usted le gustaba ponerle los cachos a ella?

— Tuve mi tiempo, tuve mi tiempo. Mi esposa decía que yo era un perro; yo creo que más bien, eran los celos de ella, porque en esos días decía que yo era todo un toro y un semental.

— ¿Y tuvieron alguna hija, para aumentar la manada?

— Si mi amigo, tenemos una hija que vive en el exterior, que tiene mucho parecido a una gata que teníamos en la finca, ¡Qué gata para criar! nada la paraba; ya mi hija tiene nueve hijos y el rancho ardiendo. Usted no se imagina cuando están todos aquí, parece una camada de pollos, es tanta la bulla que no se entiende nada. Ah, pero también es tierna como la gata.

— Milord ¿Tiene hermanos?

— Si amigo, tuve un hermano, murió como el alacrán.

— ¿Cómo así que como el alacrán? y ¿Cómo mueren los alacranes Milord?

— Mira hijo, tu prendes fuego en un círculo y luego pones el alacrán en medio del círculo y él por no dejarse quemar, se entierra su ponzoña y se muere por su propio veneno.

Así fue, mi hermano encontró a su esposa con otro hombre en la cama, se decepcionó tanto, que no soportó y se mató con su propio revólver.

Dijo el carretillero: — ¡Perra!

— ¿Qué dijo mi amigo? Replicó Milord.

— No, nada Milord, solo que lo siento por su hermano.

Ya este hombre haciendo su último nudo, dijo:

— Milord, pero no todo es malo. Leía yo, que a Dios, le gustaría que nosotros fuéramos como los animales. ¿Sabía usted que cuando nació Jesús, ningún ser humano quiso ayudar a José y María, sólo el buey y un asno se quitaron, para que María pudiera tener su bebé? Y así, se cumpliera una profecía que decía: “El buey conoce a su dueño y el asno el pesebre de su señor, mas mi pueblo no me conoce”.

Se dice, que dos bestias le sirvieron al que hizo todo esto, y nosotros dizque los más entendidos, no le servimos a una mujer embarazada y a un hombre cansado del camino, *sin saber que allí venía el Rey de Reyes y Señor de Señores*. Ese libro que me encontré en la basura, es el que me enseñó todo esto y a ver la vida así.

También allí había un escrito, que decía: “Vé a la hormiga, mira sus caminos y sé sabio, que sin tener capitán, ni gobernador, guarda para el tiempo de la siega”. Desde ese día me propuse ahorrar para los tiempos de invierno, cuando salir me sea difícil, o para cuando esté enfermo.

Pero si le preguntamos a muchos que si ahorran, ¿Te imaginas qué responderían?

También, en otra parte decía, que fuera astuto como la serpiente, es por eso que madrugo, sé que bien temprano sale lo mejor de las basuras, de todo lo que separan de la noche y del resto del día, pero a los insensatos que duermen mucho y no madrugan, sólo les toca lo que queda, y ahí, es cuando uno tiene que vivir como una rata.

Lo que yo le decía, que no fuéramos como el mulo, sin entendimiento, lo que sucede es que: “El entendido ve el mal y se esconde; pero el necio recibe los golpes y además la carga pesada”.

Bueno Milord, podríamos quedarnos hablando todo el día sobre el tema, pero debo llevar esta carreta hasta esa sanguijuela de la chatarrería, ese, cuya pesa es como a él le parece, no es legal, todo lo quiere para él, no sabe cómo chuparnos la sangre.

¡Ah!, pero no le he preguntado por su nombre Milord, si desea puede decirme: ¿Cómo se llama?

— Sí amigo, mi nombre es León y ¿Cuál es su nombre caballero?

— Gracias por lo de caballero, mi nombre es Halcón.

— ¡Ah, también tiene nombre de animal!

— Si, al menos las aves no son tan dañinas, lo que hace que boté mi cédula, los policías me dicen, que yo soy un don nadie, entonces decidí llamarme Halcón, así puedo volar sin que nadie me detenga.

Bueno, Milord, la última pregunta: ¿Prefiere que lo llame por su nombre o simplemente le digo Milord?

— Por ahora llámame así como me has llamado, pero cuando me merezca el nombre de León, así me llamarás.

Además, quizá comprendo qué querrían decir mis padres, con ese nombre y desde hoy lo haré valer, te lo prometo. De hoy en adelante, ya no seré como un gusano de col y mucho menos como una tortuga, seré como ese León, que desearon mis padres.

Bueno mi amigo, espero que no sea el último encuentro entre nosotros, tal vez muy pronto nos volveremos a ver, dijo León. Y extendiéndole la mano, ya sin ningún asco, la puso sobre la mano de Halcón.

— Amigo, usted cambió hoy mi vida.

Hoy me di cuenta de que uno puede ser el animal que uno quiera, sólo es tener este conocimiento.

Halcón, le dice: — La paz sea contigo. Y cogiendo su carretilla y sus dos perros, comenzó a cantar: — Yo soy libre como el viento, como el ave que recorre el firmamento...

Al cabo de un año, León decidió buscar al carretillero, y lo encontró, ¡Cuán alegría le dio! Cuando lo vio, le abrazó y le dio un beso en la mejilla.

Halcón, sencillamente turbado por ese gran saludo le dijo: —Milord, ¿Por qué su alegría? Él sabía que jamás recibiría un saludo de ésta índole de un hombre adinerado. El carretillero le preguntó: — ¿Qué haces por acá Milord?

León le contestó: — Ya no soy Milord, además te vengo a proponer un trato.

— ¿Un trato? ¿Y qué trato puedo hacer con usted?

León le dijo: — Te compro tu carreta y además quiero que seamos socios.

— No me diga Milord, que se quiere volver chatarrero.

— No, no es eso. Dijo León.

— Pero primero te contaré lo que sucedió cuando llegué a mi mansión el día que nos conocimos, vi mi mansión como una cárcel de seguridad y como un bello zoológico.

Y me dije: no quiero vivir con guardianes y mucho menos con animales. No más vida aparente, no más entregarle la vida a los demás, para que nos encierren en una jaula.

Y dije: espero que no me pase como a ese gigante elefante, que le pusieron desde pequeño una estaca clavada en el suelo para que no se fuera de casa y ya grande arrancó la estaca y arrastrándola, nunca se fue porque pensaba que estaba amarrado a ella, no seré como aquel elefante.

Llegué a casa sin miedo, le propuse a mi esposa que nos separáramos y le ofrecí el 50% de lo que poseía. No dudó en aceptar, los abogados tomaron el caso, muy pronto estaba libre de esa fiera.

Compré un apartamento, eso hace que duermo como el gato y la perrita que tenía.

Halcón le pregunta: — ¿Y ahora qué animal crees que representas?

— Soy como el perro que se va de su terruño y no vuelve más; como la paloma de Noé, cuando salió por segunda vez de su arca, esperando donde encontrar una rama. Y como el ave que traspasa el firmamento y todos los lugares le parecen iguales.

De aquí en adelante, yo seré como el animal que quiera ser, yo lo decidiré, no seré como el pez hermoso que recorre su pecera y su amo lo mira feliz, mientras el hermoso pez desea estar en el ancho océano.

Me di cuenta de que a causa de esta esclavitud, había perdido mi identidad de hombre, y me parecía más a un animal atrapado y encadenado por su dueño. Amigo Halcón, ¡Estoy muy feliz!, gracias a ese encuentro con usted.

Yo vengo a comprar, si me permites, tu carretilla, yo le pongo el precio, te aseguro que así vivas muchos años, no terminarás de gastar lo que te doy por tu carreta.

¿Qué dices, amigo Halcón? Y le extendió su mano.

Halcón, levantando su mano, no alcanzaba a comprender lo que le sucedía, estrechó la mano de León y así pactaron lo que después corroboró con sus hechos.

Halcón quedó millonario y así se cumplió el deseo de un chatarrero, de encontrarse alguna riqueza que alguien hubiese perdido en la basura.

— ¡Ah! pero una pregunta, le dice León: — ¿Cuándo te di el abrazo, no olías a chatarrero, eso por qué?

Halcón le dijo: — Aprendí del gato que así estuviera sin una moneda, estaría limpio y aseado, además, me arreglé los dientes y dije que no volvería a sonreírle a un hombre con los dientes malos.

León le dijo: — ¿Podemos hacer algo? Dejemos la carreta, para que alguien se la encuentre y te suplante. Halcón le respondió: — ¿Por qué me preguntas por la carreta, es que no crees que ya es tuya? Fue una risa plena de los dos.

Viajaron en el avión privado de León. Halcón, aprendió los modales de su amigo León y conoció a una dama muy hermosa y muy culta, se casó con ella y esta le dio dos hijos.

Cuando sus hijos se iban a acostar, les contaba el cuento del carretillero, llamado Halcón.

Halcón un día celebrando con su amigo León dijo: — Brindo, por un amigo, que días atrás era un gusano de col; pero ahora es un gran León.

León también refirió con su copa en la mano: — Brindo por un perro callejero que hoy es un gran Halcón.

Nadie se percató del sentido de estas palabras.

Acabada la fiesta, éstos dos hombres salieron por el empedrado camino al jardín. Cantaban esta gran canción: Yo soy libre como el viento, como el ave que recorre el firmamento...

FIN

DON RICO